

## CUATRO CUENTOS

### DE NESTOR MADRID-MALO

## El buzón

No dejaba de ser algo extraño lo que experimentaba Alejandro cada vez que debía depositar una carta en el buzón. Un inmenso pavor se adueñaba de su espíritu cuando se acercaba a aquel horizontal hueco, hasta el extremo de evitar ese acto en todas las formas posibles. Durante su niñez, cada vez que su madre lo mandaba al correo con alguna misiva —si no encontraba el modo de entregarla en la ventanilla o de hacerla echar por otra persona— tremaba de pies a cabeza ante la necesidad de realizar aquella operación. La cosa comenzaba desde que salía de su casa. ¿Iría o no al correo? ¿O botaría la carta en cualquier zanja o basurero? Varias veces procedió así. Pero como eso no podía hacerlo siempre, no tuvo en adelante otra alternativa que disponerse a llegar hasta el repelente sitio. Entonces comenzaba el proceso de temor y temblor que lo iba invadiendo a medida que se aproximaba a la oscura rendija. Daba vueltas y rodeos, como si de esa manera creyera poder rehuír el momento en que su mano debía acercarse allí. Y cuando, decidido al fin, echaba velozmente la carta, retiraba enseguida el brazo en gesto de inevitable aprensión. Como si creyera que, de pronto, aquello pudiera cerrarse intempestivamente —cual las mandíbulas de una fiera— para cercenar y engullir su expuesta extremidad.

¿Cuándo había principiado su invencible recelo por los buzones? Con frecuencia soñaba —recordaba haberlo hecho desde muy niño— que lo echaban por la sospechosa abertura y que comenzaba a rodar por el plano inclinado que terminaba allá abajo, junto a las mesas de distribución de la correspondencia. Solo que la caída era indefinida, sin que terminara nunca aquel retardado deslizamiento que lo conduciría sin duda —así lo pensa-

ba él mientras rodaba— a algún oscuro saco, tal como los que había visto en el correo. Hasta que una vez su temor se hizo realidad. Y se vio en efecto —en el sueño— cómo era encerrado inmisericordemente en la estrecha valija por unos empleados de rostros borrosos. Aquella noche se despertó temblando, hecho una sopa del sudor, y con su miedo a los buzones aun más potenciado.

Asociaba aquel sueño con una historia que en cierta ocasión le había contado su abuelita, según la cual los bebés venían por correo. El buen Dios los enviaba por entrega inmediata a las madres. Y un cartero, vestido como Papá Noel en la época de la Navidad, se encargaba de hacerlos llegar a las respectivas casas. Pero, además, estaban las frases que le dirigía su madre cuando, chiquitín aun, se portaba mal o hacía alguna pilatuna. “Te voy a devolver al correo” le gritaba. Y añadía: “Un día de estos te voy a echar en el buzón de la esquina”. Y, a fuerza de oírlo repetir, el niño llegó a creer ciertamente que tales amenazas podrían llegar a materializarse.

Luego, cuando ya creció y comenzó a leer libros serios, creyó encontrar la explicación de su miedo a los buzones. Pero, por más que se lo propuso, no podía evitar ese sentimiento, muy superior a su voluntad, que le embargaba cuando tenía que ir a las oficinas del correo, o pasaba junto a esas rectangulares cajillas que abundaban en los muros de la ciudad. Sobre todo, la que más le horrorizaba era la que estaba situada casi junto a la esquina de su casa. No sabía por qué —o mejor dicho, si lo sabía, pero se hacía el desentendido— ante ese buzón experimentaba un pavor especial. No ignoraba que era absurdo eso que entonces le acometía, y que no había posibilidad alguna de que él pudiera caber en el inofensivo aparato o que este le arrancara la mano en el instante de ir a introducir una carta. Pero, en todo caso, era algo que no podía dominar ni dejar a un lado. Y hasta tal extremo llegó, que rehuía escribir cartas o mantener correspondencia alguna.

Con el tiempo aquello se le fue convirtiendo en una obsesión. Se sentía cada vez más atenazado por su miedo postal y era inútil cuanto trataba de hacer para contrarrestarlo. Pero, haciendo un gran esfuerzo, se propuso dominar aquel pavor irrazonable. Pasaba de intento junto al edificio del correo, y se aventuró hasta entrar allí y acercarse a los buzones que se alineaban en el vestíbulo como una batería de voraces bocas. Hasta que una vez

se atrevió a mirar por una de esas ranuras y vio cómo las cartas iban cayendo por el deslizador de aluminio —tal como él en su sueño—, calmada y parsimoniosamente. Superando aquel inquietante recuerdo, puso en seguida su mano en uno de ellos y la mantuvo allí un momento con renovado coraje. Pero, a poco, la retiró sobresaltado y salió apresuradamente de aquel lugar.

Luego, volvió una y otra vez, venciendo el terror que la sola vista de los buzones le ocasionaba. Tras muchos intentos, logró dejar un buen rato su mano en el detestado orificio, entre aprensivo y valeroso, más que regocijado por su valentía y sorprendido de que esa boca no se cerrara de pronto para arrancársela de cuajo. Tanto se demoró en su deliberado y viril acto, que uno de los guardas se le acercó para averiguar qué diablos estaba haciendo allí. Tan de repente le llegó la voz casi agresiva del vigilante, que retiró su mano y echó a correr estúpidamente, dando lugar a la persecución vociferante del empleado. Mas, por fortuna suya, logró escaparse y evitar la vergüenza de ser confundido con un vulgar desvalijador de apartados postales.

Las repetidas intentonas que desde entonces realizó Alejandro —a horas en que la vigilancia era menor—, dieron resultado. Y fue así como logró hacer notables progresos en su afán de liberarse de aquel irritante temor a los buzones. Seguro de haberlo dominado, un día resolvió acometer la máxima prueba, enfrentándose a aquel buzón, cercano a su casa, que tanto le intimidaba. Era un viejo modelo, de un mohoso color verdinegro, debido sin duda a los muchos años que llevaba allí pegado contra el muro, a la vuelta de la esquina. Recordaba haberlo visto siempre en ese sitio, amenazante, dispuesto a tragárselo como si fuera una carta. En su parte superior se abría una corta abertura, con una dentada lengüeta de metal, movable solo hacia adentro. Acorde con su sentimiento, había procurado evitarlo a toda hora. Y ni por asomo se había atrevido nunca a pasar por la acera que presidía, con su férrea e impasible presencia de adminículo postal. Evidentemente, se trataba de un anticuado tipo de buzón, ya no utilizado, que había permanecido allí sin ser cambiado por los de más reciente uso que se veían en otras partes de la ciudad. En su mente, aquel arruinado aparato debía estar vinculado a las amenazas de su madre. Y por eso lo detestaba singularmente. Alejandro se acercó impávido y lo miró un momento, desafiante. Luego, con una serenidad que no dejó de provocar su íntima admiración, levantó su mano y la introdujo

por el hueco, bien adentro. De pronto sintió que algo le picaba con saña, y quiso retirarla en seguida. Pero con tan mala fortuna, que los dientes de la pieza protectora se le enterraron profundamente. Al fin pudo sacarla, toda sangrante. Y, aterrorizado, vio entonces cómo salían por la hendidura cientos de avispas, que se encarnizaban en su rostro y garganta. Gritando despavorido, Alejandro comenzó a correr calle abajo, seguido por una implacable nube de avispas.

\* \* \*

## Encuentro en Trinita dei Monti

Aquella mañana de primavera, la “Exposición de las Azaleas” en la escalinata de Santa Trinità dei Monti habría de tener para mí un encanto adicional, a más del que ya de por sí significaba la feria de colores que cada año convertía ese romano rincón en un jardín ascendente. Había ido yo hasta allí aquel domingo, con el propósito de tomar una película del fascinante espectáculo vegetal. Pues próxima ya mi partida de la capital italiana, quería conservar aquel recuerdo de algo que durante todos esos años me había impresionado tan gratamente.

No obstante estar apenas comenzando la temporada turística, ya eran muchos los extranjeros que circulaban por entre la florida caracola. Llamó sobre todo mi atención un grupo de muchachas, con rojas boínas y faldas de estilo escocés, cuyo aire denotaba en seguida su condición de estudiantes viajeras. Eran todas rubias, altas y hermosas. Iban sonrientes y parlanchinas, en compañía de una dama de mediana edad —sin duda una profesora o guía— que no se cuidaba mucho de ellas. Yo aproveché el momento en que pasaban ante un gran macizo multicolor para enfocarlas con mi cámara. Y cuando creí que tratarían de esquivar mi intento, observé por el contrario que muy complacidas se prestaban de buena gana a la filmación. Por el luminoso rectángulo vi como una de ellas se mostraba más asequible a mi propósito, situándose aparte, junto a un rojizo conjunto de azaleas. Y cómo luego, adoptando una grácil actitud, se disponía sin rodeos a que le hiciera una toma especial, mientras sus compañeras se alejaban escala arriba. Acercándome un tanto más, hasta tener su rostro casi en primer plano, pude darme cuenta

de lo frescamente bella que era. Yo seguía haciendo girar la película, mientras su sonrisa y sus ojos continuaban allá —al final de mi mirada— su concertado y propicio jugueteo. Entonces ella dijo algo en francés. Pero yo continué filmándola, hasta terminar el rollo. Al bajar la cámara me encontré de pronto a su lado, más cerca de lo que yo creía, mientras ella estallaba en una gozosa carcajada. Luego, con toda naturalidad, me pidió que le tomara unas fotos con su propia cámara. Una y otra vez, en todas las poses que se le ocurrían, fui disparando el obturador. Hasta que, dirigiéndose a un transeunte, le rogó que nos tomara algunas a los dos. Luego, atrayéndome hacia sí, me dio su brazo para la última foto, con una amistosa espontaneidad que sus ojos ratificaron confiadamente.

Recuerdo, entre todos, ese momento de aquel domingo romano. Porque entonces comenzaron los tres días más sorprendentes de mi vida italiana. En seguida iniciamos una conversación que casi no se interrumpiría durante aquel lapso. Y como no la vi muy apremiada por unirse a sus amigas, la invité a tomar un “espresso” en el vecino Café Grecco. Al bajar aquellas gradas, el ya familiar dintorno de la Casa de Keats, a un lado, la “Barcaccia” berniniana allá abajo, la Piazza di Spagna toda —con sus rosáceos y vetustos palacios— y la recta Via Condotti, deslizándose casi desierta hasta el Corso, cobró para mí una nueva significación.

Se llama Astrid Thorenson y era sueca. Había venido a Italia con un grupo de compañeras de universidad y bajo el muy relativo cuidado de una profesora. Solo desde el día anterior estaban en la Urbe, y hasta el momento era bien poco lo que habían visto. ¿Querría yo mostrarle algunos lugares y monumentos? La sencilla solicitud llegó tan de repente, que asentí casi sin darme cuenta. Y cuando recordé lo empeñado que estaba yo por esos días en otras ocupaciones, ya era muy tarde para insinuar una negativa y la joven festejaba complacida mi aceptación. Sin embargo, le dije que cómo pensaba hacer con sus amigas y la Profesora.

—Non fa niente —me contestó en un medio gutural italiano que yo no suponía entre sus conocimientos, pues hasta entonces se había expresado en francés. Y al ver mi sorpresa, agregó: —Estudio lenguas romances en la Universidad de Upsala.

—¿Y habla también español? —le pregunté en mi propia lengua.

—Un poquito apenas —dijo en un gracioso castellano.

Y de ese modo, continuamos hablando ese idioma porque, me aclaró, quería practicarlo. No hay duda que debió aprender mucho en esos tres días, pues al final ya utilizaba incluso algunos modismos suramericanos.

\* \* \*

Confieso que inicié un poco prevenido aquellas incidentales relaciones de primavera. Me habían hablado tanto sobre la falta de prejuicios sexuales de las chicas suecas, que creí estar en presencia de algo por el estilo. Pero bien pronto pude darme cuenta de que Astrid era muy distinta. Aunque desprovista de mojigaterías, supo hacerme ver muy inteligentemente que las cosas con ella eran de otro modo. Además, escasas oportunidades hubo en esos inolvidables tres días para poder ocuparnos de algo que no fuera conversar, tomar aperitivos y rápidos almuerzos, o visitar museos y monumentos. Lo que hablamos y caminamos entonces no tiene par.

Olvidándose del todo de sus amigas, fue mi compañera de la mañana a la tarde, pues apenas caída la noche volvía a su pensión. Todas las mañanas, a las nueve, nos poníamos cita en el primer rellano de la escalinata de Trinità dei Monti, pues se hospedaba por allí cerca, en Via dei Due Macelli. Desde arriba, la veía venir —alta y airosa como un pino romano—, desplegando al viento su cabellera que, a instancias mías, había liberado de la boína. Y así, había dejado al descubierto aquel rubio quemado —como de oro antiguo— que le llegaba hasta más abajo de los hombros. Caminaba a grandes pasos, con sus zapatos bajos de turista andariega, y subía luego a saltos los últimos escalones que la separaban de mí. Mientras tanto, su amplia falda —a cuadros rojos y verdes— ondulaba al ritmo espléndido de sus piernas. Luego, acercándoseme, me decía gozosamente: —¡Ciao!

Por cierto que tenía un modo tan especial de decirlo, uniendo el sonido de las dos primeras letras al de las dos últimas, y llevándolas así dulcemente arrastradas desde el paladar hasta la garganta, como en un canto sibilante y gorjeante al tiempo. Nunca un “ciao” me supo tanto a gloria idiomática, a poesía vo-

cal, como cuando ella me lo soltaba así a quemarropa y con tanta desenvoltura.

Luego emprendíamos nuestras diarias caminatas, en itinerarios que siempre contenían algo nuevo, pues Roma es de esas ciudades que no se acaban de conocer nunca. Astrid veía y observaba todo no solo como quien mira algo por primera vez, sino como quien tiene el temor de no volverlo a ver nunca más. Se extasiaba ante los Caravaggio de la Galleria Borghese y ante los Morandi de la Galleria Nazionale d'Arte Moderna. Sentía por estos dos pintores una admiración contrapuesta, pues, en verdad —y ella lo comprendía así— nada hay más diferente de la objetiva simplicidad de Morandi que el patetismo realista del Caravaggio. Pero era sobre todo ante las telas de este último que Astrid se extasiaba más. Y cuando le hice saber que había otros cuadros del mismo pintor en varios museos y galerías de la ciudad, organizó en seguida un "tour" especial para ir a verlos. Y así bajamos primero a Santa María del Popolo, para luego llegar a San Luis de los Franceses, el Palacio Rospigliosi y la Galería Doria. Fue una peregrinación "carnavaggiesca" que tal vez, a no ser por ella, yo no hubiera efectuado nunca.

—¿Por qué te gusta tanto el Caravaggio? —le dije esa tarde al terminar nuestro recorrido.

—No sé, pero hay algo que me atrae en las telas de este pintor, y que desde Estocolmo me hizo ya admirarlo en las reproducciones que allí pude ver. Hay en ellas como una especie de segunda intención, como algo secreto, situado más allá de la simple apariencia pictórica. Algo como entre ironía y burla, como entre alegría y pesadumbre, que expresa muy bien, por ejemplo, ese "Joven Baco Enfermo" de la Galería Borghese.

Yo no oculté mi sorpresa ante ese atinado avizoramiento crítico de mi joven amiga, que hasta tal punto penetraba en el trasfondo mágico de aquel Michelángelo Merisi, pintor vagabundo y aventurero, que tan bien supo volver por los fueros de la vida en sus cuadros. Y como ya estaba casi para caer la tarde, fuimos a ver el crepúsculo desde la terraza del Pincio, sin duda el más apropiado sitio para contemplar esas glorias vesperales que estallan en el "tramonto" romano.

Era esa su penúltima jornada en la ciudad, pues dos días después debía partir —según me había dicho— para Nápoles, Brindisi y Grecia. Y era tanta la nostalgia que se adivinaba en

su rostro cuando nos asomamos a esa romántica balconada, que por primera vez buscó mi mano y la retuvo estrechamente entre las suyas, sin insinuar palabra alguna. Yo sentí que algo se me deshacía allá en lo más recóndito de mi pecho, cuando advertí las dos casi plásticas lágrimas —como talladas en pórfido— que descendían lentamente por sus mejillas. Y tampoco dije nada.

Allá lejos, la luz se rompía en tenues espirales, desparrándose por entre densas nubes que iban desde el rojo carmesí hasta el amarillo brillante. Un crepúsculo de seda se iba descomponiendo lentamente, hiriendo con sus últimos toques rosáceos el antiguo dintorno de cúpulas, campanarios y palacios. Allá, a nuestros pies, Piazza del Popolo hacía y deshacía el complicado ovillo de su afanoso tráfico. Y enfrente, Vía Colla di Rienzo se incrustaba en Prati, hasta desaparecer a un lado de la mole vaticana. San Pedro erigía en lo profundo del confín su efigie renacentista, esfumándose ya entre los primeros amagos nocturnales. Alciudadano rumor oponíamos nuestro expectante silencio.

De pronto se hizo de noche y el último frío de abril comenzó a erizar su húmeda pelambre. Astrid se dio entonces vuelta y me miró enmudecida, con aquellos ojos cerúleos que solo el rocoso fondo mediterráneo podría imitar. Después, con voz hecha tristeza, me dijo simplemente:

—Bueno, adiós. Hasta mañana —y comenzó a alejarse un tanto. Pero yo, más extrañado por esa repentina despedida, le dije:

—¿Por qué adiós? ¿Es que no te veré mañana?

—Sí, aunque...

—¿Aunque qué?

—No, nada, ¡Ciao!

—¿Pero siquiera te puedo acompañar hasta la Pensión, no?

—No, no, iré sola. ¡Ciao!

—De todos modos te espero mañana donde sabemos, a la misma hora, —agregué sin mucha esperanza—. Pero no contestó nada y se alejó del todo por el pedregoso “viale”, buscando la salida de Via di Villa Medeci. Entonces, no se por qué, tuve la impresión de que no volvería a verla.

\* \* \*

Al día siguiente, antes de las nueve, ya estaba yo allí entre las azaleas de la escalinata. El tiempo pasaba con inaudita parsimonia. No dándole crédito a mi propio reloj —cuyas manecillas no parecían avanzar—, miraba el de la iglesia de Santa Trinità dei Monti, que me parecía más fiel a mi impaciencia. Contrariamente a los días anteriores, aquel había amanecido gris y húmedo, con amagos de lluvia, que a poco empezó a caer. Comencé a mojarme, pues en el afán de esperar a mi amiga no hice nada por ponerme a cubierto. Pasaron las nueve y Astrid no aparecía. Bajé los gastados escalones hasta el propio borde de la Plaza y, como la lluvia arreciaba, me situé debajo de uno de los grandes quitasoles que resguardaban los puestos de flores allí situados. La “Barcaccia” concertaba su líquido rumor con el de la lluvia, en tanto que el ajetreo incesante del tráfico desfilaba desaforado. Pasaron diez, veinte minutos, y mi amiga no daba trazas de acudir a nuestra cita. Subí de nuevo hasta nuestro convenido sitio de reunión, en la creencia de que pudiera haber arribado por la parte de arriba, tomando la Via Sixtina. Pero nada.

No obstante el vigoroso chaparrón, resolví esperar allí sin moverme, mientras el gran reloj de la iglesia descomponía sucesivamente el orden de sus manecillas, aumentando con su progresión el desconcierto que me embargaba. Comencé a sentir una desazón extraña. Temía que hubiera podido sucederle algo, o que se hubiera marchado antes de la cuenta, sin despedirse de mí aunque, en mi optimismo, no dejaba de pensar que tal vez la hubiera podido retrasar la sorpresiva lluvia. Luego esta cesó y, a pesar de la cercanía de su hospedaje, no la veía llegar. Dando desesperados paseos por la monumental escala, me estuve allí hasta bien entradas las once. Aun no perdía la esperanza de verla de pronto aparecer, por entre aquel mundo de flores, circuido de piedras e historia. Poesía y realidad, símbolo y objeto, en irónico dualismo que bien podía compararse a mi propia situación anímica, que gravitaba entre la imagen de Astrid y su ausencia ya cierta e indudable.

Sin esperar más, corrí a Via dei Due Macelli, a la Pensión donde ella se hospedaba. El recepcionista me informó que aún residían allí las jóvenes suecas, pero que en ese momento se hallaban de paseo. Esperé en el vestíbulo, sin acceder a sentarme. Y volví a padecer el tormento de ver deslizarse los minutos con una lentitud inenarrable. Lo que pasaba por mi ánimo debía re-

flejarse muy bien en mi rostro y en mis gestos, pues el empleado comenzó a mirarme con desconfianza. Aunque no debí parecerle un sujeto peligroso, pues de nuevo me invitó a sentarme. Pero yo preferí esperar abajo, en la puerta del edificio.

Alrededor de la una llegaron por fin las excursionistas escandinavas, acompañadas siempre por la larga y huesuda Profesora. Pero entre ellas no estaba Astrid. Aguardé un poco, creyendo que se hubiera podido quedar retrasada. Pero ni rastros de ella. Convencido de que algo anormal le había sucedido, subí de nuevo a grandes saltos y pedí al recepcionista que me llamara a la Profesora. Mirándome aun con ojos desconfiados, accedió a hacerlo luego de dudar un tanto. Y cuando la rubicunda mujer estuvo junto a mí, le dije sin más preámbulos:

—Quisiera hablar, señora, con Astrid Thorenson, una de las jóvenes que están con usted.

—¿Astrid Thorenson? —me respondió sorprendida, al tiempo que su rostro palidecía.

—Sí, ese fue el nombre que ella me dió —le aclaré.

La gentil señora, ya casi demudada, me pidió que la acompañara hasta el salón, donde tomamos asiento.

—A ver, cuénteme usted por favor lo que sabe sobre Astrid Thorenson —me dijo, mientras sus ojos no dejaban de mirarme con cierta estupefacción.

Entonces le referí la historia ya transcrita. A medida que lo hacía, pude darme cuenta de cómo iba perdiendo el poco dominio de sí misma que le quedaba. Luego me habló así:

—Astrid Thorenson nunca ha estado en Roma. Ella... Pero, sin darle oportunidad de continuar, la interrumpí:

—¿Cómo me dice usted eso, señora! Si yo he estado hablando y andando con ella por toda Roma durante tres días! Y hasta le he tomado una película, en la escalinata de Trinità dei Monti.

—¿Una película? ¿Me dice que le ha tomado una película? —interrogó incrédula.

—Sí, señora. El día mismo que la conocí, el domingo último. Iba con las demás jóvenes. Usted las acompañaba.

A medida que yo iba agregando detalles, mi interlocutora aparecía más confundida. Su rostro en tensión no acertaba a

dominar los íntimos sentimientos que sin duda la asediaban. Hasta que, haciendo un gran esfuerzo, alcanzó a enhebrar las inusitadas palabras que enseguida pude escucharle.

—Como le decía, Astrid nunca ha estado en Roma. Ella iba a hacer parte de nuestra excursión y era una de las más entusiasmadas con el proyecto. Vivía soñando con Roma y con la oportunidad de ver por fin los cuadros del pintor que más admiraba, el Caravaggio. Pero pocos días antes de nuestra partida de Estocolmo murió trágicamente. Un bus la atropelló cuando iba en su bicicleta, falleciendo en el acto. Nosotros estuvimos a punto de deshacer nuestro viaje. Y si al fin pudimos realizarlo fue porque los padres de Astrid insistieron en que el mejor homenaje a su memoria era efectuarlo ya que ella tanto lo había ambicionado. Por eso me deja pasmada lo que usted me cuenta.

Pero más asombrado quedé yo cuando ella terminó de hablar. Todo un mundo de pensamientos contrapuestos me asaltaron y quedé por demás confundido. Y tanto, que por un buen rato no pude agregar palabra alguna. A través de nuestro compartido silencio —lo adivinaba— circulaban tácitos interrogantes, sin respuesta posible. Mas, al recordar la película que le había tomado a Astrid, casi grité:

—Pero... ¿y la película? ¡Le he dicho que le tomé una película!

—Pues creo que deberemos verla para saber con certeza si no ha sufrido usted una alucinación, joven —concluyó, recobrando su aplomo.

Al oírla, casi no pude contener mi enojo. De manera que aquella estirada señora creía que todo lo que yo le había contado era un simple producto de mi imaginación? Pues le iba a hacer ver lo contrario. Y entonces le aclaré:

—Ninguna alucinación, señora. Era Astrid Thorenson en persona, a menos que algunas de sus pupilas me haya hecho objeto de una pesada broma. La película lo demostrará. La haré revelar cuanto antes y se la traeré aquí mañana para que usted vea a Astrid con sus propios ojos.

—Está bien, por la mañana temprano lo esperaré aquí, pues en la tarde debemos partir para Nápoles.

—¡Eso es! ¡Para Nápoles, Brindisi y Grecia! ¡Así me lo dijo Astrid!

Pero ella no estaba ya dispuesta a escucharme. Y viendo lo inútil que resultaba tratar de convencerla, me despedí secamente. Luego fui hasta mi apartamento en busca de la película, de la suprema prueba de que allí en Roma había estado Astrid Thorenson. En seguida corrí casi hasta el establecimiento donde acostumbraba revelar mis películas. Pero, para mi desencanto, me informaron que solo hasta el martes siguiente podrían tenerla lista.

Esos cuatro días fueron para mi un purgatorio. No pude tener un instante de calma. Y mi desasociado espiritual vino luego a desembocar en una verdadera crisis de estupor cuando pude al fin proyectar aquella película. Pues, ante mi asombro, solo surgieron allí, en la pantalla, las rubias muchachas suecas que había filmado al comienzo. Y después, el múltiple colorido de las azaleas de Trinità dei Monti. ¡Pero ni sombra de Astrid Thorenson!

\* \* \*

## El día en que se cayó la torre de Pisa

Desde niño, la Torre de Pisa había sido para mi un fascinante prodigio. Fue tal vez lo primero que vi del mundo, a más de los rostros de mis padres y hermanos. Cuando ya pude distinguir las cosas que no constituían mi necesario dintorno, descubrí en casa de mis abuelos, —colgado de la pared de la biblioteca— un antiguo grabado de la marmórea maravilla. Comencé así a admirar ese monumento, que para mi tenía un significado casi milagroso. ¿Cómo pudo alguien construir un edificio así, torcido? —me decía, mientras me pasaba largos ratos contemplando embelesado la vieja estampa. Desde entonces empezó mi interés por aquel oblicuo campanario, que poco a poco se fue convirtiendo en una especie de obsesión vital para mi. Soñaba con su recortada figura, y me veía subiendo sus mareantes escalas, realizando así el gran proyecto de mi existencia. O convertido en celoso guardián suyo, impidiendo que nadie entrara o subiera, de puro temor por su estabilidad.

Era tanto el interés que me producía todo lo referente a la Torre, que terminé por poseer una completa erudición al respecto. Pero exclusivamente sobre ella, no importándome el artísti-

co conjunto que la rodeaba: el Baptisterio, el Duomo, o el Camposanto con sus legendarios frescos. Es más, la historia de Pisa no me interesaba sino a partir de aquel día de 1174 en que Bonanno Pisano comenzó a construirla. Y si supe algo de los Della Gherardesca —y en especial del conde Ugolino— fue porque me enteré de cómo su más antigua campana, “la Pasquareccia” —de las siete que posee el Campanile— sonó por primera vez a la muerte del Conde, en 1280, tras haber sido encerrado en la Torre dei Gualandi, donde sus enemigos lo dejaron morir de hambre en unión de sus hijos y sobrinos. De allí derivó luego mi interés hacia la “Divina Comedia, pues Dante —en su “Infierno” (XXXIII) pone en boca de Ugolino su desventurada historia, al explicar por qué roía con tanto furor la cabeza de quien lo perdió con su traición, el arzobispo Ruggeri degli Ubaldini. Del mismo modo me familiaricé con Galileo Galilei, cuando supe que desde la cúspide de la Torre, a 55.863 metros de altura —pues ya Tomasso di Andrea Pisano la había coronado con el último piso, donde están instaladas las campanas—, realizó aquel sabio sus experimentos sobre la gravedad.

De esta manera la inmensa mole de 14.500 toneladas de peso —terminada en 1273 por Giovanni di Simone— fue un verdadero centro de interés para mi cultura. Todo lo que hoy sé o domino en el campo de las humanidades se inició —mediante círculos concéntricos cada vez más abiertos— a partir de la erudición que fui acumulando en torno a la magistral Torre. Por ella me puse en contacto con Pisa; luego con Florencia, Roma e Italia toda; y, a través de éstas, con el Medioevo, el Renacimiento, Europa y el mundo entero. Y, por supuesto, con su historia y su cultura. En forma tal, que si hoy se tantas cosas, ello se debe sin duda a la Torre de Pisa. Podrá suponerse, así, el interés que todo lo relacionado con ésta tiene para mí. Y hasta qué punto mi vida está tan íntimamente vinculada con su suerte, cada día más aleatoria por virtud de la creciente inclinación que la aqueja. Pues no tiene nada de raro que eso dé al traste con su diagonal elegancia, a pesar de los tres metros que sus cimientos se hunden en la tierra de Pisa. Aunque, en verdad, resulta bien poca esta cifra si se tiene en cuenta su altura. Pero el secreto está en el espesor de sus paredes, que en la base tienen algo más de ocho metros. Sin embargo, su inclinación, que era hace algún tiempo de cuatro y medio metros, va acentuándose más con el correr de los años, aumentando así la posibilidad de que se venga al suelo. Y esto es algo que me atormenta e inquieta sin

cesar. Pues al solo pensamiento de que se pueda derrumbar, un sentimiento de terror, de angustia, hace presa en mí. ¿Se caerá la señorial Torre antes de que este mortal pueda verla? ¿Antes de que, en un atardecer toscano, logre yo contemplarla, allí ante el Duomo, echando a volar su cuerpo luminoso? Confieso que esta posibilidad me desasosiega. Y más con estas alarmantes noticias que han venido publicando los diarios últimamente, en relación con el cierto peligro que sobre ella se cierne. La otra noche, por ejemplo, asistí en sueños a su derrumbe. Y, lo que es peor, yo mismo me ví envuelto en el temido desastre.

En efecto, había leído informes muy detallados en una revista italiana sobre cómo su inclinación se iba acercando al punto crítico, cuando ya no podría seguir violando impunemente las leyes de la gravedad. Se informaba allí acerca de los proyectos para salvarla y sobre el enorme costo de las obras necesarias para ello. Del posible auxilio de la UNESCO, tal como aconteció hace años con el traslado de los templos de Abu-Simbal, en Egipto. Y, por fin, se hacía un detallado examen del problema, a la luz de la técnica. Dicha lectura vino a agravar mi estado de ánimo. Estuve inquieto todo el día, sin poder apartar de la mente el peligro que asediaba a mi dilecta amiga de Pisa. Porque me sentía tan vinculado a ella, a su propia suerte, que en mi interior lograba personificarse, tornándose en algo de carne y hueso, realmente existente. Y esta circunstancia condicionaba mis sentimientos y la índole de las relaciones que con ella tenía establecidas en mi espíritu. Menos mal que no es la primera vez que se da una transferencia de esa índole. Esa noche estuve todo el tiempo agitándome intranquilo, en un duerme-vela sin remedio. No podía dejar de pensar en el triste destino que, según tales informes, le estaba reservado a mi Torre. Y así, no fue raro que tal preocupación encontrara oníricas resonancias en mi subconsciente. He aquí, más o menos, lo que soñé:

Había llegado yo, por fin, a Pisa, realizando así la gran aspiración de mi vida. Mas era un domingo en la noche y no pude hacer otra cosa que ir a verla, dibujada allí contra un oscuro cielo de tormenta. Resaltaba su blancura, como un gran faro de pórvido, que estuviera iluminado por una especie de luz interior, de un íntimo efluvio que brotara desde lo más recóndito de su estructura, traspasándola como a través de diminutos poros que exudaran una verdosa claridad. Yo estaba allí contemplándola, solitario y absorto. Ningún alma viviente aparecía en las ve-

cidades. También ella, la Torre, estaba sola, aislada. Ningún otro edificio la rodeaba. Ni el Duomo ni el Baptisterio, ni las restantes construcciones urbanas que allí cerca se levantan, aparecían ante mis asombrados ojos. La impresión era como si todo aquello estuviera desierto, irremediablemente deshabitado. Como si sólo la Torre existiera, blanca y única. Sin embargo, no aparecía inclinada. De una erecta verticalidad, aun más alta y firme de lo que era, ningún peligro corría de caerse. De pronto, siempre a oscuras y solo, me vi otra vez en el Hotel, sin nombre ni empleados, pero con un extraño ascensor que, en vez de llevarme a mi habitación —como yo hubiera deseado, pues me caía del sueño— me condujo de nuevo a la Torre. Pero ahora a su propia cima, desde donde miraba —no ya las sombras de antes— sino un claro y límpido panorama matutino. Todo refulgía de una sin par luz que surgía, no del sol, sino de la misma Torre. Tal como antes, ésta era como un inmenso faro que arrojaba su inédita luminosidad sobre la ciudad y el Arno. Era un tenue pero efectivo resplandor, como jamás lo había visto. Y yo, fascinado y sorprendido, lo observaba todo con una desconocida exultación, identificándolo con los datos que mi erudición poseía. Mientras tanto, las siete campanas —cada una con el timbre de las respectivas notas musicales— comenzaron a entonar un gigantesco carillón, que resonaba, ensordeciéndome hasta el desespero. Entonces, al impulso de aquel loco sonar, todo empezó a vibrar como si fuera un pétreo diapasón. Pero las inauditas vibraciones bien pronto se fueron convirtiendo en algo más. Primero fue como una mínima agitación y luego un lento trepidar, que dio en seguida paso —pero todo como a través de sucesivas fases bien identificables— a un inmenso estremecimiento de las partículas íntegras de la Torre, con la cual formaba yo un solo cuerpo. De tal manera que todos esos trémulos impulsos me afectaban a mí como si yo fuera ella. Hasta que eso se convirtió en un terrífico temblor, que poco a poco —al comienzo— y luego rápidamente, fue haciendo desmoronarse la inmensa construcción. Pero no de repente, en un espectacular derrumbe, sino muy lentamente, de arriba a abajo, como si aquella precipitación de materiales hubiera sido programada metódicamente por un disciplinado computador. En tal forma que primero cayera la piedra número tal, luego la laja de mármol número cual, hasta completar la ordenada demolición. Mas, al tiempo que aquello se desintegraba, yo sentía que igual cosa me sucedía a mí, en el mismo proceso de ruina planificada. Y fue así que cuando aquello terminó, yo me

encontraba destruído en mil pedazos, confundido con los restos de la Torre. Fue entonces cuando me desperté, sudoroso y empavorecido. Mas en seguida, la vista de las consuetas cosas que me rodeaban allí, en mi alcoba, —y, sobre todo, aquellas múltiples fotos y dibujos de la Torre que recubrían sus paredes— me devolvió la calma.

A partir de entonces ya no solo me preocupaba que la Torre se cayera antes de que yo pudiera conocerla —tal como lo anunciaban los periódicos, cada vez con más alarmante frecuencia—, sino que aquel sueño, que yo juzgaba premonitor, pudiera hacerse realidad. El deseo de poder ver llegar al fin el ambicionado momento de contemplarla, en su desnuda y mágica certeza, se oponía así al temor de que lo por mí soñado pudiera suceder. Y en esa lucha íntima se iba desenvolviendo mi vida provinciana. Ya había perdido incluso la esperanza de viajar a Pisa —como había sido mi ilusión en todos esos años—, pues las posibilidades económicas que me brindaba mi modesta posición de subalterno funcionario del Banco local no hacían prever que pudiera llegar ese momento. Hasta que un día ocurrieron dos cosas, ligadas como por caprichoso encanto. Leí en un diario que a lo sumo faltarían cinco años para que se produjera el derrumbe definitivo de la Torre, pues su inclinación aumentaba peligrosamente. Y, por la noche supe que me había ganado la lotería, yo que casi nunca me interesaba por adquirir los incitantes billetes de aquel azaroso juego de esperanzas. Solo la improbable posibilidad de encontrar, de aquel modo, la forma de viajar a Pisa, me había hecho comprarlos en las últimas semanas. Y fue así como, sin esperarlo, ingresó a mi haber aquella inmensa suma. Y como puede al fin llegar a la ciudad de la Torre en la mañana, al brillante pináculo que por todos esos opacos años había iluminado secretamente —con su fulgor de pórfido traspasado— mi escuálida existencia. Ni un día más permanecí en mi empleo. Y cuanto antes saqué pasaje para Italia, hacia la casi inasible meta de mis sueños que, de pronto, se presentaba al alcance de mi itinerario vital.

Hasta que un día me vi en Pisa. En la propia estación le pedí a un taxista que me llevara al hotel más cercano a la Torre. Pasado el Arno, pronto estuve, en efecto, en el Hotel del Duomo, en Via Santa María. A pesar de estar bien entrado el mediodía y más que fatigado, apenas cumplidas las formalidades del registro me precipité hacia Piazza del Duomo. Tan pronto desem-

boqué de Via Santa María, pude contemplarla allá en su sede de blancura, más cerca de lo que yo creía. Me detuve en seco apenas la entreví, pues no advertía la conocida inclinación. Pero luego me di cuenta que precisamente esta se acentuaba hacia el lado desde donde yo la miraba, en forma tal que no era fácil apreciarla de inmediato. Pero luego, dirigiéndome hacia la izquierda de la plaza, noté que desde allí resultaba bien visible la torcedura inmortal. Y me quedé alelado, casi petrificado de emoción, ante mi Torre ejemplar, ante el fantástico objeto de mi admiración por tantos años. Y no me parecía verdad lo que estaba viendo, asombrado ante su sencilla languidez, casi femenina. Me fui acercando poco a poco, lentamente, con el deseo de hacer lo más prolongado posible aquel proceso de acercamiento, para juzgarlo mejor. Pleno de admiración y arrobo estaba como si la mira de todo aquello fuera una esquiva doncella y no la límpida mole de mármol, que le hace un furtivo esguince a la gravedad, como en un toreo mágico. Y tras mirar y remirar aquella grácil estructura, me vi situado a pocos metros de su base, observando morosamente cada detalle, en un silencio suspirante. O rodeándola y tocándola, como si yo mismo no creyera en la certeza de esa realidad que estaba allí, por fin, a mi alcance. Luego, creí llegada la hora de penetrar en su interior, casi como en un metafórico epitalamio. Y me apresté a ascender sus 294 gradas, sintiendo ya la sensación de ser bruscamente tirado hacia el lado de su inclinada tendencia, tal como, según lo había leído, sabía que pasaba con quienes suben la espiral de su escalinata. Prestamente me dirigí hacia la ventanilla de los boletos. Mas, para mi desespero, observé que estaba cerrada. "Chiuso i lunedì", decía un letrero que no me fue difícil leer, pues en mi admiración por la Torre, había llegado a dominar bastante el italiano. Entonces me di cuenta que había llegado a Pisa precisamente un lunes. Mi decepción fue inmensa. Y tras estarme allí un largo rato, volví lentamente al Hotel, apabullado y entristecido, casi como si hubiera perdido una amorosa batalla.

Pasé el día entregado a una desesperada espera, a un vagar por calles y avenidas, recorriendo los "Lungoarni" y volviendo, ya entrada la noche, ante mi Torre predilecta. Cuán solitaria y oscura se la veía ahora, tan diversa de como aparecía en mi sueño. Sentí una inmensa pesadumbre ante su erguida soledad. Y un deseo de quedarme allí a su lado, haciéndole fiel y devota guardia. Pero el cansancio del viaje y de mi deambular de ese día, me obligó a volver al Hotel. Caí en mi lecho con un

ansia esencial de descansar, que ni siquiera la frustrada visita a la Torre alcanzaba a atenuar. Queriendo dormir a mares y sólidamente, a fin de que pronto pudiera venir la mañana y hacerse realidad mi impostergable deseo. Pero algo bien diverso a la serena tranquilidad que ambicionaba debía traer para mí esa noche fatídica. Otra vez vino a mí aquel sueño. Pero esta vez me veía, caminar hacia la Torre directamente y no por medio de aquel inusitado ascensor, como había sucedido antes. Pero andaba cuadradas y cuadradas, sin poder llegar al sitio donde aquella se alzaba. Aparentemente me hallaba perdido en un dédalo de callejuelas interminables, del cual no lograba salir a pesar de mis esfuerzos por encontrar la dirección justa. Por el contrario, era como si me estuviera internando progresivamente en un laberinto indescifrable, sin tener a mi alcance ningún salvador hilo de Ariadna. Y así, a medida que andaba, se cerraba más la posibilidad de hallar la salida. Desesperado, chocaba contra los muros y golpeaba contra ellos, como si pudiera abrirlos —para encontrar un escape— con la inerme fuerza de mis puños. Casi enceguecido, seguí así por largo tiempo, mientras la angustia me invadía. De pronto sentí que algo retumbaba a lo lejos, como si hubieran hecho saltar con dinamita un pedazo de montaña, o como si un inmenso trueno resonara firmemente. Pero el sonido de la explosión, del estallido o de lo que fuera, llegaba a mis oídos muy disminuído, como si estuviera yo rodeado de una capa de algodón o algo semejante. A poco, un griterío inenarrable sucedió a aquel elemental estruendo. Súbitamente, me desperté. Y vi que me encontraba en una curiosa y ridícula situación: me había metido, con almohadas y frazadas, en la tina del baño. Y todo eso me rodeaba estrechamente. Tenía los puños ensangrentados, de tanto golpear las paredes de la tina. No supe como pude llegar hasta allí, a menos que hubiera caído en un trance sonámbulo, cosa que no figuraba —al menos, hasta donde yo sabía— en mis antecedentes síquicos. El griterío, que era como un alarido colectivo, me llegaba ahora más claramente. Advertí un gran movimiento en el Hotel y en la calle, como si todo el mundo corriera locamente. Abrí la ventana y observé que la multitud se dirigía hacia Piazza del Duomo. Un doloroso presentimiento me acometió. En seguida me uní a la corriente humana, sin atreverme a preguntar qué había ocurrido. Pero cuando arribamos a la Plaza a la tenue luz de la madrugada, se veía claramente lo que había acontecido. La Torre no estaba en su sitio. Un gran vacío, contra el grisoso cielo, era lo que se podía ver

en su lugar. Sentí que, al igual que la Torre, me derruía. Y que quedaba convertido, como ella, en un montón de escombros. Supongo que así me encontraron. Era el martes 12 de octubre de 1980.

\* \* \*

## Las vegetaciones de la muerte

Hacia aquella parte de la montaña nunca habían encaminado sus pasos. Era una apretada espesura, aun más arriba de las primeras estribaciones de la serranía en que terminaba la hacienda por ese lado. Habían ido a bañarse en las claras y frías pozas que por allí dejaba, en su precipitada fuga hacia la llanura, el arroyo de Caravajal. Despojados de sus ropas, se daban ya los primeros chapuzones desde “La Bruja” —la inmensa piedra que partía en dos el cauce— cuando Adolfo vio el extraño bulto.

—¡Mira! ¡Mira!, gritaba a Ramón, que era el más cercano a él.

—¿Qué? ¿Qué cosa?

—Aquella especie de paraco enorme que cuelga de aquel “chicho” —explicó, señalando hacia un macizo árbol situado no lejos de la orilla.

—¿Dónde? ¿Dónde? —inquiría el otro—. No veo nada.

—Hombre, Moncho, eres un pendejo. Ven acá y te lo muestro.

Con la gritería de los dos muchachos, los demás componentes del grupo de subrepticios bañistas —bien prohibido que les tenían hacerlo allí— se fueron acercando.

—¿Qué es lo que pasa? —demandaban afanados.

—Pues que Adolfo descubrió algo allá arriba, en ese árbol, pero yo no veo nada. Creo que son ideas tuyas —explicó Moncho.

—Qué ideas mías ni qué carajo —repuso el aludido—. Vengan conmigo y les mostraré el bulto.

Desnudos como estaban, los cinco chicos salieron de la poza y, guiados por Adolfo se encaminaron hacia el “chicho”, cuyas ramas se entrecruzaban en ese punto con las de otros árbo-

les, formando una especie de bóveda vegetal. Cuando estuvieron debajo del objeto que había llamado la atención de Adolfo y que casi se confundía con el restante verde de las frondas, tuvieron que convenir en que se necesitaba mucha vista para haber dado con él.

—¡Caray!, —observó Enrique— ojos de lechuza debe tener este Adolfo. Yo no lo hubiera visto nunca, y menos desde el arroyo.

—Ni yo —agregó Ramón.

—¿Pero qué diablos será esa vaina? —demandó Alfonso.

—No sé. Parece un nido muy grande, por la forma de mochila que tiene —acotó Felipe.

—Adolfo dijo que era como un paraco —indicó Ramón.

—No, no —aclaró el mencionado. —Ahora veo que no es un paraco. Tendría color de tierra. Y esto es verde.

—Estoy por creer que es un nido. Quizá haya pájaros muy grandes que los construyan así —anotó Enrique.

—Bueno, dejemos la habladuría. Desde aquí no vamos a saber lo que es. A ver, ¿quién es el gallo que quiera treparse hasta allá? Es la única manera de averiguarlo —concluyó Adolfo, sabiendo que de ese modo provocaba todo un concurso de escaladores de árboles. Y en efecto, los cuatro muchachos se precipitaron hacia el alto tronco y empezaron a subir como monos, en tanto que el autor de la propuesta se quedó allí, mirándolos cómo ascendían. El primero en llegar muy cerca del pendiente objeto fue Ramón, quien no en balde tenía fama de ágil trepador de varas de premio, en las fiestas del pueblo. Viéndolo ya junto al presunto nido, los demás se detuvieron.

—Esta es una vaina muy rara —gritó Ramón acercándose todo lo posible al extraño objeto. Y agregó: —Nido no es porque está bien cerrado por arriba. Y está guindado como de una cabuya cubierta de bejucos. Además, está rodeado de ramas y lianas por todas partes. Pero... aguárdense un momento...—. Y mirando mejor concluyó: —¡Oigan! ¡Parece un cuerpo! Y se siente un olorcito raro... Sí, sí es el cuerpo de alguien, todo recubierto de vegetación—. Y tras una pausa: —A este se lo llevó Mandinga, pero a mí no. Yo mejor me bajo—. Y dejándose deslizar por el erecto tronco, descendió apresuradamente, mientras sus compañeros lo imitaban con menos agilidad.

Luego Ramón, más que pálido y acezante, explicó: —Estoy seguro que es el cuerpo de un hombre, no muy alto. Por entre las hojas y bejucos de arriba pude verle parte de la cara. Y está colgado, porque se menea cuando hace viento.

—Entonces es un ahorcado, —sentenció Adolfo. —Mejor nos vamos de aquí ahora mismo. Corran muchachos. Recuerden que es Semana Santa. De pronto puede ser un “aparato”—. Y precipitándose hacia donde habían dejado las ropas, ni siquiera se detuvieron para vestirse. Más adelante, apenas pudieron ponerse los pantalones. La estampida terminó en la casa de la hacienda, a donde llegaron blancos de miedo.

\* \* \*

Unos vaqueros trajeron el bulto verde esa tarde. En el corredor de atrás, don Manuel le hizo quitar la inmensa coraza de hojas y lianas que lo recubría. Surgió entonces el cuerpo de un hombre joven, desnudo y con la piel completamente verde. Tal parecía como si por sus venas solo hubiera transitado savia, o como si un tenaz depósito de clorofila se hubiera extendido por sus extintos tejidos, hasta darle esa sorprendente apariencia vegetal. El olor de que hablaban los muchachos era una curiosa mezcla de cadaverina y aroma arbórea. Aunque aquel era apenas perceptible, tanto había sido el tiempo que debió permanecer allí, entre las ramas, como una macabra parásita humana de aquel mundo de verdor. En ciertas partes, algunos tallos de trepadoras penetraban el cuerpo por los innumerables tajos que presentaba. Por los ojos, boca y oídos brotaban unos insistentes renuevos. No había duda que en el cráneo de aquel hombre, poderosas simientes habían encontrado materia favorable para germinar. Por los brazos y piernas bajaban adheridos algunos bejucos que, al llegar a las manos y los pies, se subdividían inexplicablemente, como siguiendo el imperativo esquema anatómico del muerto. Y en el lugar del sexo, despojado de sus signos viriles, una orquídea encontraba propicio recodo para asomar su realidad florecida. Nunca una simbiosis tan perfecta entre lo vegetal y lo humano se había producido, tal como la que ante sus ojos tenían los asistentes a aquella penosa labor de liberar el cuasi momificado cadáver de su trenzada mortaja.

—Faltó poco para que se convirtiera en parte del árbol —observó don Manuel.

—Sí, y fíjense cómo esas lianas se han alimentado de su cuerpo, impidiendo al tiempo que se corrompiera del todo —apuntó Armando, su hijo mayor.

—¿Y quién será el pobre? —aventuró compungida doña Gertrudis.

—Quienquiera que sea —anotó Ernesto, el poeta de la familia— ha tenido una muerte muy hermosa. Rodeado está de hojas y lianas trepadoras...

—No tan hermosa, porque se ve que ha sido macheteado antes de ser colgado —aclaró don Manuel.

En eso Pablo, el capataz, que acababa de llegar, se quedó mirando al muerto y dijo: —Pero si es Félix, el hijo de la comadre Petrona, la que tiene una venta en el camino real—. Y mirándolo más detenidamente, continuó. —Sí, es él. Hace seis meses que había desaparecido de su casa, sin razón alguna. Aunque su madre decía que tal vez se había largado para Barranquilla, huyéndole al servicio militar. Era un buen muchacho. ¿Quién habrá sido capaz de matarlo?

—Bueno, eso es cosa que averiguará la justicia. Terminen de limpiarlo y vístanlo. Y avísenle al Alcalde y al Cura de El Carmen. Hay que darle cristiana sepultura. Ah, y también infórmenle a su madre.

Esa noche lo velaron en la casa de la hacienda. Le habían quitado todo lo que de vegetal lo cubría y le brotaba, menos aquel extraño color de clorofila. Sin embargo, a la mañana siguiente nuevos tallos le salían por todas partes, aunque ya amarillentos. Y la piel se le fue poniendo pálida, como si un otoño implacable se hubiera apoderado de su cuerpo. Liberado de la vegetal vivificación que la había poseído durante meses, la materia aceleraba su proceso ineludible. Y por la tarde, cuando lo iban a bajar al sepulcro, lianas, tallos y bejucos, desmedrados ya, comenzaban a irrumpir por entre las junturas del ataúd, creciendo desde la muerte.